

EL SEMANARIO CATÓLICO.

Número del Sábado 3 de Setiembre de 1870.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, al prestar su consentimiento para la publicacion de la presente REVISTA, ha confiado al que suscribe, como Arcipreste del partido de Alicante, la satisfactoria comision de revisarla.

Francisco Penalva

EL PROTESTANTISMO.

I.

Era en aquellos dias en que el arte y la fé levantaban hasta la altura el ara gigante del catolicismo, la grandiosa basílica de San Pedro. Julio II, Lázaro de Bramante, Leon X, Miguel Angel, Rafael, Jocondo de Verona, Salvator Gallo, y todos los que contribuisteis á la ereccion de ese monumento gigante, recibid un recuerdo de gratitud; las bellas artes os envian un suspiro que es una oracion; las bellas letras cantan vuestro génio; la religion os bendice; ¡gloria y loor!

Vosotros los que habeis estado en Roma y paseado sobre sus siete colinas; los que en el Capitolio enmudecisteis ante las inmortales creaciones de Cimarsa, Cánova y Sal-

vator; los que admirasteis el coliseo, el palacio de los Césares y los deruidos y musgosos arcos triunfales de Tito, Vespasiano y Septimio Severo; los que visteis murmurar al undoso Tiber bajo sus puentes y en las sombrías catacumbas visteis pasar ante vuestros ojos los primeros siglos de la Iglesia, decidme: ¿qué habeis visto, qué habeis sentido, qué habeis admirado bajo las bóvedas de la gigante Basílica?

Una maravilla; último esfuerzo del genio; sueño realizado por los colosos del arte y la fe. Esa es la verdad; ¿quién no se arroba en la contemplacion de aquel gigante templo, cuya aguja sube como la oracion al cielo? ¿Quién, bajo su elevada cúpula, no se siente pequeño como la nada?

Los que habeis admirado el mar que ora rizan con sus alas los céfiros marinos, ora con sus aletas remueven los leviatanes; los que habeis visto los Apeninos ó los Alpes, esos gigantes de la creacion que elevan orgullosos su sien nevada sobre las nubes, habeis admirado y visto casi el infinito de la grandeza; los que habeis visto y admirado la Basílica de S. Pedro, habeis contemplado la apoteosis material de la fe y el arte.

II.

Era el año 1517. El Dominico Juan Fetrel, de elocuencia arrebatadora y persuasiva palabra, predicaba por orden de León X las indulgencias que dicho Pontífice concedía á los que contribuían á realizar el vasto plan de dicho Papa. Martín Lutero que en uno de sus viajes á Roma habia cobrado cierta aversion al Pontífice, vió en aquella ocasion un motivo para acriminarle, envidioso sin duda por no haber sido preferido para la predicacion de las indulgencias.

Lleno de orgullo y de soberbia se proclamó reformador de la religion católica, pero su reforma principió demoliendo y se olvidó de edificar. Qué reformador! ¿Pero quién daba á Lutero potestad para reformar? ¿Quién le podia conceder semejante prerrogativa? ¿Con qué títulos contaba para ello? No negamos que era precisa una reforma, ¿pero acaso no estaban los concilios y las congregaciones?

Orgullo y nada mas que orgullo. Martín Lutero vió crear á Maquiavelo una nueva politica, la del egoismo, y quiso crear una nueva religion, la de la materia. Soñó reformar y destruyó, y es que las reformas que inspira el orgullo son reformas que matan, porque el orgullo lo esteriliza todo.

A su voz respondió Alemania entera, cuyos príncipes codiciosos de los bienes del clero, solo esperaban el grito de guerra para abalanzarse

y saciar su codicia. Worms, Nuremberg y Ausburgo oyeron al fraile apóstata protestar contra la fe de la tradicion, contra los Concilios, la autoridad de los Pontífices, el celibato eclesiástico, el culto, la gracia, en una palabra, contra todo. Audaz y atrevido llamó á Roma la Babilonia moderna y Ante-Cristo al Pontífice, y dando rienda suelta á sus carnales deseos, rompió el voto de castidad contrayendo sacrilego enlace con la monja Catalina Boré, que á su vez profanó los sagrados claustros de su convento.

La soberbia creadora de una nueva religion se enmarida con la sensualidad para santificarla. ¡Qué matrimonio tan procaz y liviano! ¡Qué religion tan hermosa para el placer!

Desatentado reformador: ¿qué genio te inspiró creacion tan infame y tan raquítica? ¿Qué fuego sentiste inflamar tu pecho para declarar tan cruda guerra á lo mas santo y lo mas justo?

Ah! tu fuiste como el aquilon que lucha en las selvas tronchándolo todo sin poder levantar nada: tu como las hervidoras ondas de la mar en la tormenta, amenazaste el sόlio de los príncipes y como esas mismas olas que se retiran á su lecho cansadas y sin armonía, ocultaste tu soberbia en tu triste morada de Wurtemberg.

Ya ha nacido el protestantismo: balanceáronle en su cuna la soberbia y la mentirosa filosofia, aborto del mal: la loca sensualidad le coronó con lúbricas guirnaldas y las

armonías del orgullo cantaron su nacimiento, como cantan los aquilones la venida de la tempestad que cabalga sobre rayos.

Ya ha nacido el protestantismo: el estandarte de la más sacrilega de las rebeliones tremola azotado por el viento de la soberbia y la ambición, y la voz del reformador abre bajo el nebuloso cielo de Alemania que parece convida á pensar, la era de una esclavitud horrible, la esclavitud de la conciencia.

Ved el origen del protestantismo, el orgullo y la sensualidad. ¿Quién desea, pues, que se trasplante en nuestras conciencias tan liviana religion? ¿Quién puede desearlo, sino esos inovadores sin fe que comercian con la virtud y el amor del cielo, como comercia el deicida judío con sus babuchas y sus sartas de vidrios de colores?

¿Pero quién será tan cobarde que abandone la religion del Crucificado, fuente de los más nobles y los más elevados sentimientos? ¿Cómo ofrecer incienso ante ese ídolo que se levanta sobre un escabel de amarillentas biblias, y dejar sin flores y sin perfumes los altares del Hijo de María, do la pureza inocente halló su cuna, y do se inspiró la lira del poeta, el pincel del artista y la candorosa sencillez de la verdad? Nadie que tenga sentimientos religiosos; nadie.

III.

Parangonemos el origen del cristianismo con el del protestantismo:

veamos quiénes fueron sus fundadores y qué influencia han ejercido ambas doctrinas.

El cristianismo baja del cielo: los ángeles cantan cabe su cuna y el averno se inunda de pesar; los Césares y los Emperadores ven hechos pedazos sus ídolos, y el Maestro de esa doctrina torna la vista á los ciegos, la palabra al mudo, el movimiento á los miembros del parálítico; toca la losa de los sepulcros y los muertos obedientes á su voz abandonan su morada; perdon y paciencia son sus máximas, y desde la Cruz en que espira perdona á sus enemigos.

El cristianismo, dice á los hombres, sois hermanos, y el rey baja del solio estrechando contra su corazón al que arrastra cadenas; humilla á los soberbios y ensalza á los humildes; hace erguir la frente á la mujer, rompe las cadenas del esclavo y cerrando los ojos para no ver el color de su cara le señala el cielo. El cristianismo es bueno.

Argumenta á la escéptica y mentirosa filosofía de Atenas y Megara, Alejandría y Roma y hace enmudecer á los sofistas que peroran en los pórticos de los panteones, civiliza á los bárbaros y á los tristes lamentos de los hijos de Clodomiro despedazados en Paris por la causa de la fé, contesta con los cánticos de victoria de los mártires del anfiteatro. Combate el feudalismo, hace bajar á los señores feudales el puente de sus castillos, y el infeliz pechero mira rota la horca que se alzaba so-

bre sus torreones. El cristianismo es bueno.

Opónese á las exageradas pretensiones del imperio; alienta y guía las cruzadas; da libertad á la clase media que en Inglaterra la debe al martirio de Tomás Becket; fomenta la creación de muchas universidades; vé nacer en su seno á Ossio, San Agustín, Santo Tomás, Petrarca, Dante, Rafael, Carlo-Magno, Recaredo, Murillo, Calderon, reyes, emperadores, poetas, sábios, pintores, músicos, conquistadores y santos. El cristianismo es sábio.

Descubre la América, aterra á los herejes, señala á la humanidad sus derechos y sus deberes, abre nuevos horizontes á la ilustración, honra las letras, alienta las artes, hace feliz al mundo. El cristianismo es ilustrado.

Origen del cristianismo, Dios: origen del protestantismo, un fraile apóstata y perjuro. Parangonad.

El protestantismo roba la fé y la libertad; esclaviza la conciencia, el prisma del libre exámen le descompone; víctimas sin cuento riegan con sangre su cuna; sus poetas no saben cantar, sus versos son una urdimbre impura; su literatura es mentira, su historia... no hablemos de lo que está escrito con lágrimas y sangre.

Origen del cristianismo, Dios: origen del protestantismo, un fraile apóstata y perjuro. Parangonad.

IV.

Religion del orgullo, necio protestantismo, ¿qué vida es la tuya? ¿en qué porvenir sueñas?

Tu encadenaste á tu carro de batalla el trono de Albion y vendiendo placer y favoritismo compraste conciencias puras; embriagaste á los que cándidamente fiaron en tí, y en naves de reyes que eran tus súbditos, aportaste á lejanas playas. Flor espinosa que no olean las auras de los buenos sentimientos, heriste la mano inadvertida que te arrancó del tallo, y tu deletéreo perfume llevó al corazón de los que le aspiraron la duda que hiela, y á la inteligencia, el error que mata.

¡Qué origen tan triste te abona! No mires atrás ó el fuego de la venganza quemará tus mejillas; no mires atrás, sigue la carrera que emprendiste y canta tu historia escrita con lágrimas.

Inútil es que llames ahora en tu auxilio á los príncipes y á los reyes, y vano que á la sombra de tu protección repartas con avidez esas hermosas Biblias que con tanta escrupulosidad confeccionas. No mires atrás, allí solo hay lágrimas; no mires el presente ó llorarás entristecido contemplando como se apaga tu vida; no mires el cercano porvenir, entonces no existirás ya.

Salúdente por la vez postrera tus decididos enemigos, como se saluda al que muere. Pero corónate para morir con flores siquier sean mustias y descoloridas; haz que tus proséli-

tos te adoren, y despídete de ellos diciéndoles como los gladiadores desde la arena al César; «Hi morituri te salutant.»

Juan B. Pastor Aicart.

Circular del Excmo. Sr. Obispo de esta diócesis.

Nos Dr. D. Pedro María Cubero Lopez de Padilla por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Orihuela, caballero gran cruz de la Real orden americana de Isabel la Católica y de la de primera clase de la orden civil de Beneficencia, Prelado doméstico de Su Santidad, Asistente al Sacro Solio Pontificio, Comendador de la Real y distinguida orden española de Carlos III, etc. etc.

El Sacerdocio Santo, que nuestro divino Redentor y Maestro dejó instituido en su Iglesia; la doctrina y enseñanza, que habia de ser el pasto celestial con que se alimentáran los hijos de ese cuerpo místico, que habrá de durar hasta la consumacion de los siglos, exigia ministros especiales, que con sus virtudes y predicacion llenasen perpetuamente estos sagrados y utilísimos oficios. Por eso la Iglesia Santa ha cuidado siempre de la especial y sólida educacion de todos los que se dedican al servicio del Señor, y por lo mismo el Santo Concilio de Trento dispuso la creacion y establecimiento de los Seminarios Conciliares donde la juventud que se dedica al ministerio del altar pudiese recibir la instruccion conveniente, tanto en las ciencias eclesiásticas, como en la práctica de Religion y piedad que constituyen la sólida virtud de los que han de llegar á ser maestros y modelos del pueblo cristiano.

Para llenar este santo objeto que merece toda nuestra especial considera-

cion, hemos dispuesto la admision de los jóvenes de nuestra diócesis que se dediquen al estudio de las ciencias eclesiásticas de nuestro Seminario Conciliar de la Purísima Concepcion y Principe San Miguel, con entera sujecion á lo dispuesto por el Santo Concilio y leyes vigentes de enseñanza.

Habiendo suspendido por ahora el Gobierno de la Nacion pagar á los Seminarios Conciliares la dotacion que han venido disfrutando, y careciendo el nuestro de todo otro recurso con que poder atender á las imprescindibles necesidades de estos Establecimientos, en los que el clero puede y debe adquirir la educacion y ciencia, que la sociedad con justicia reclama de tan distinguida clase, nos vemos con el mas profundo sentimiento, en la triste necesidad de adoptar algunas disposiciones que han de lastimar á los alumnos pobres, á quienes siempre miramos con especial predileccion, al privarles de todas las gracias que hasta ahora han disfrutado en nuestro Seminario, si bien con todo el gozo de nuestro corazon volveremos á premiar con las mismas gracias, que ahora suspendemos, la aplicacion y buena conducta de los mencionados alumnos al contar con nuevos recursos, pero interin no podemos menos de disponer lo siguiente:

Todos los alumnos, sin escepcion alguna, deberán satisfacer por alimentos y enseñanza en todo el año literario la cantidad de ciento sesenta escudos, cuyo pago se efectuará en tres plazos adelantados, á saber: el primero comprenderá desde el dia que principie el curso hasta las vacaciones de Pascua de la Natividad de N. S. J. C.: el segundo desde el 6 de Enero al 15 de Marzo: el tercero desde el 16 del mismo hasta la conclusion del año literario. Los latinos y humanistas abonarán veinte escudos mas por el mes de Junio.

Si cualquiera alumno saliese del Seminario, no tendrá derecho á reclamar cantidad alguna de las que hubiese abonado por no complicar la contabilidad, ni ser justo que el Seminario sufra la pérdida de sus provisiones, y si por causas ajenas á nuestra voluntad tuviéramos que cerrar el Seminario, al hacer

la liquidacion á los alumnos dejarán á favor del mismo la tercera parte de lo que resulte de dicha liquidacion para gastos y deterioros del establecimiento.

El Seminario seguirá como hasta aquí, proporcionando la mas estensa instruccion en todas las materias que en él se enseñan, como son: Latinidad y Humanidades, Filosofia, Teología y Cánones y la educacion moral y religiosa mas esmerada, costeando al mismo tiempo la asistencia de Médico, Cirujano y Botica en las enfermedades leves, Barbero y toda clase de sirvientes que necesiten los Colegiales, sin que por este concepto tengan que hacer gratificacion alguna.

Mandamos á todos los Arciprestes y Curas párrocos que luego reciban este edicto, por conducto del Rector de nuestro Seminario, hagan lectura de él al ofertorio de la Misa Conventual, mandándolo fijar en la puerta de su Iglesia.

Dado en nuestro Palacio Episcopal á 7 de Agosto de 1870.—Pedro Maria, Obispo de Orihuela.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi Señor, Dr. Indalecio Ferrando, canónigo magistral, secretario.

EN LA FIESTA DEL PURÍSIMO CORAZON DE MARÍA.

(María Virgen influyendo en nosotros por su virtud y amor.)

De la violeta el misterioso aroma
Viene á decirnos que cercana existe
La flor delicia del vergel ameno,
Prado y pensiles.

Asi el perfume de virtud que exhala
Tu corazon, de la virtud tesoro,
Nos dice, rosa del Edén, que velas
Junto á nosotros.

Toda ternura, que sepamos quieres
Que no te alejas de tus hijos, Madre;
Que nuestra voz escucharás piadosa
Cuando te llame.

No te consiente el corazon benigno
Vernos correr á perdicion segura
Por estos mares que, fingiendo calma,
Sirtes ocultan.

Y pues al cielo, donde brilla el astro
Que fuera norte al azaroso rumbo,
Una mirada dirigir no pueden

Ojos impuros;
Para que invoquen proteccion los tris-
(tes,

De la virtud con el aroma alientas
Sus esperanzas, y á tu trono envían
Súplicas tiernas.

Con la sonrisa en tus graciosos lábios
Ruegos al Hijo de tu amor diriges:
Enamorado de tu gracia el Hijo,
Dulce sonrie.

Feliz aquel que á tu bondad acude,
Porque del Hijo su perdon alcanza;
Dios te interpuso entre la tierra y cielo
Fiel Abogada.

Grato resuena, te lo dijo él mismo (1),
Para tu amado tu amoroso acento,
Con la dulzura de la miel, y oliente
Cual suave incienso.

Más que de mieles y de frescas flores
Brotan tus labios de virtud dulzuras:
Por su virtud tu corazon sagrado
Vence y subyuga.

Á MARÍA.

(Sus gracias y virtudes.)

Siempre un ramo de flores,
En plácida concordia
Su perfume y colores,
Me hace pensar en tí, Madre de amores.
Flores del alma las virtudes son;
E indulgencia, piedad, misericordia,
Ternura y compasion,
Para salvar á tristes pecadores
Atesora tu hermoso corazon.

MARÍA,

MEDIO DE SALVACION.

Ayer.—Dudas.

Peregrino errante soy
Sin norte en mi rumbo incierto:

(1) *Vox enim tua dulcis.* (CANTARES.)

Por entre arenales voy,
Y sin ver fin al desierto,
Ya triste y cansado estoy.
Apagad la ardiente sed
Que es llama en el pecho mio....
A mis labios, por merced,
Una gota de rocío,
Dulces auras, conceded.

—
¿Dó vais, los sedientos?
Inútil correr....
¿Podreis, sin alientos,
Luchar y vencer..?

—
Hoy.—Certidumbre.

—
¡Pobre de mí! Yo ignoraba
Que en el desierto arenal
Por donde solo vagaba,
Muy cerca de mí brotaba
Delicioso manantial.
¡Pobre de mí! No sabía,
Loco en tan ruda afliccion,
Que en tu pecho despedía
Raudales de paz, *María*,
Tu piadoso corazon.

—
Venid, los sedientos,
Venid, y bebed:
Con nuevos alientos
Luchad, y... venced.

—
PENSAMIENTO.

—
Es verdad, Madre de amores:
Al ser presa de un dolor
Debo, en vez de entristecerme,
Pensar en tu corazon.
Imagino verte, y juzgo
Que al contarte mi dolor,
Tu mano llevas al pecho
Y oprimes el corazon.
Comprendo, Madre de penas:
No puede haber un dolor
Comparable á los que hirieron
Tu sagrado corazon.
Ni puede nadie, Señora,
Alzar queja en su dolor,
Porque nadie guarda puro
En su pecho el corazon.

Escúchame, Madre mia:
Sé mi ayuda en el dolor:
Haz que al sentirlo, te mire
Pensando en tu corazon.

—
Al Corazon de María.

De dulces mieles Mi fé al libarlo!
Rico panal, Confortará,
Tu puro néctar Penas venciendo,
Dame á probar. Dándome paz.

(Del libro: *Culto á María.*)

Juan Vila y Blanco.

VARIETADES.

Emilia de Soulanges.

I.

Las doce acababan de dar, y el mas profundo silencio reinaba en la ciudad de Paris, cuyos habitantes dormian profundamente. En una hermosa casa de la calle de Tournelles brillaban dos luces á traves de las grandes ventanas, anunciando que aun se velaba en ella: la primera provenia de la antecámara, donde un lacayo, medio dormido delante de un juego de damas, esperaba á su señor; la segunda alumbraba el cuarto dormitorio de Emilia de Soulanges. La joven llevaba aun, á pesar de lo avanzado de la hora, el traje del dia; habia despedido á su doncella, y silenciosa, pero agitada, esperaba. En vano, para calmar una inquietud siempre creciente, habia tratado de trabajar ó de leer: sus trémulas manos se negaban á tirar de la aguja, y su atencion distraida no podía seguir los majestuosos periodos del sermón de Massillon sobre las *Obras de misericordia*, abierto ante sus ojos. De tiempo en tiempo iba á levantar las pesadas cortinas de las ventanas, y echaba una mirada al patio oscuro y vacío. Una pequeña luz, cuya claridad salía de

la habitacion del portero, anunciaba que tambien alli velaban.

—¡Dios mio, se decia Emilia á sí misma en medio de una febril impaciencia que anegaba en sudor su frente y sus manos; no volverá pues á casa! ¡Hé aquí una noche pasada como otras muchas! Se está perdiendo, ¡ay, pobre hermano!

Dió la una, dieron las dos, las tres... Emilia se habia arrodillado en su reclinatorio; y despues de haber rezado el Rosario, vencida á medias por el sueño, murmuraba aun las santas palabras y hacia correr entre sus dedos las cuentas benditas... Un gran golpe dado en la puerta la despertó súbitamente... Acudió á la ventana; la puerta cochera estaba abierta de par en par, y daba paso á una silla de mano, seguida de dos lacayos con hachones... Un jóven salió de ella, apoyado en el brazo de un criado...

A la luz de las antorchas pudo ver Emilia el desórden del traje de su hermano, su pálido rostro y su andar incierto... suspiró amargamente, y pensativa, permaneció de pié en la ventana hasta largo tiempo despues que el silencio se hubo restablecido en el palacio; oraba, meditaba aun cuando aclaró el dia, devolviendo á Paris el tumulto y la vida.

Hácia las once, bajó lentamente y se dirigió á la habitacion de su hermano. Algunos lacayos jugaban refugiados en la antecámara; levantáronse al verla.

—¿Mi hermano ha llamado? preguntó.

—No, señorita, todavía no es de dia en el cuarto del Sr. Vizconde.

Emilia vaciló un momento; pero reflexionando que tan pronto como entrase mas el dia se veria rodeado su hermano por la turbulenta nube de los amigos, mercaderes y sastres, se decidió á adelantarse. Hizo una señal, y el criado abrió las puertas: atravesó un gabinete y un salon, y se encontró en el cuarto dormitorio de Hector de Soulanges, de aquel hermano querido cuyo destino absorvia todo su ser. Una débil claridad penetraba en aquel cuarto, y dejaba descubrir el desórden que en él reinaba. Trajes preciosos se hallaban echados sobre los sillones; una brillante espada

arrastraba por tierra, y un reloj, anillos y alfileres estaban descuidadamente echados en el sofá. La cama estaba vacia y el hermano de Emilia descansaba vestido á medias en una vasta poltrona, como si el sueño y la fatiga que se siguen á una noche de desórden lo hubieran arrojado allí, derribado y vencido. A su lado, sobre un velador, se hallaban confusamente esparcidos, puñados de luises... Emilia dirigió una triste mirada á aquel oro, probablemente ganado al juego durante aquella noche que su hermano llamaba de placer, pero que para ella habia sido de suplicio, y se arrodilló al lado del sillón.

Héctor seguia durmiendo; pudo entonces su hermana estudiar los estragos que las vigiliass y las pasiones habian impreso en aquel rostro, en otro tiempo tan lleno de candor; arrugas precoces surcaban la pálida frente del jóven. Sus párpados hinchados y pesados cambiaban la espresion de sus facciones, marchitadas antes de tiempo, y llevando en la primavera de la vida el triste sello de la decadencia.

Emilia suspiró y una lágrima cayó de sus ojos sobre la mano de Héctor. Este despertó súbitamente, lanzó en torno suyo una mirada lenta y sorprendida, y viendo á su hermana á su lado, exclamó:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué no estoy acostado, y vos estais aqui?

—Querido Héctor, contestó la hermana tranquilamente, debeis saber mejor que yo por qué no os habeis acostado; y sabeis tambien perfectamente lo que á vuestro lado me trae.

—Venis á predicarme, dijo él riendo.

—¿A predicaros?... Oh! no, sino á suplicaros que reflexioneis un instante en la vida que llevais, veais á dónde os conduce... á la pérdida del cuerpo, á la del alma. ¡Oh, pobre Héctor mio, pensad bien en ello!

—Sois demasiado severa, hermana mia: es preciso dar al tiempo lo que es del tiempo.

—¡Ay! el tiempo ha de pasar, y ¿qué os quedará?

—¿Qué importa? ¡pase la vida! Corta y buena, esa es mi divisa.

—¡Oh, hermano mio! ¿y la eternidad?

¿nunca pensáis en ella? Acordaos de la muerte de nuestro padre, de los últimos suspiros, de las postreras miradas de nuestra madre, ellos acabaron con la muerte de los justos. Pero vos, ¿cuál será vuestro fin?

El joven se encogió ligeramente de hombros: su hermana repuso:

—Perdonadme que os hable de este modo; pero ya no tenemos padres; solo tenemos un tutor para quien, es bastante indiferente nuestra suerte; huérfanos, todo lo somos el uno para el otro, y aunque soy mas joven que vos, me parece (no os riais) que he heredado para con vos el corazon y la ternura de nuestra madre. Os digo lo que ella os diria: Querido Héctor, abandona esos vanos placeres, esos falsos amigos, esa vida desarreglada; convertios en un buen marido, un buen padre, y sobre todo un buen cristiano.

—Linda predicadora, interrumpió el hermano; me enternecéis, pero no me convenceis. Mas, pronto tendreis otro mejor que yo á quien predicar... estoy seguro que vuestro desposado, el muy grave conde de Meran, está en el salon haciendo sus cumplidos á nuestra respetable tia. Id, preciosita, id: el caballero debe venir á buscarme en breve para ir al juego de pelota... Preciso es que me vista...

Y llamó.

Emilia, desanimada, salió haciéndole una señal amistosa, bajó á la habitacion de su tia, donde se encontraban algunos amigos intimos, y sentada á un lado ante su bastidor, prestó un oido distraido á la conversacion. Se hablaba de su hermano, se contaba, con ese tono lijero de las gentes del gran mundo, los gastos desmedidos y las locas intrigas á que se entregaba Héctor, y esta narracion que hacia desternillar de risa á los oyentes, entristeció el corazon de la pobre Emilia. Mientras que los demás reian, ella pensaba en aquel hermano únicamente amado, en aquella alma, cuya salvacion hubiera comprado con toda su sangre y con su vida, y cuyos vicios y peligros eran objeto de las chanzas de un mundo ciego. Cristiana, educada en la escuela del Evangelio, Emilia poseia esa elevada filosofia que

considera como vanas y frivolas las grandezas de la tierra, y solo aprecia lo que es eterno. Mientras que en aquel elegante salon en que respiraba el lujo amanerado del siglo XVIII, se hablaba y se citaba en apoyo de una moral relajada un verso de Voltaire ó una copla de Bernis, Emilia meditaba las severas lecciones de la ley de Dios, y se repetia á si misma:

«¿De qué sirve al hombre ganar el universo si llega á perder su alma?»

Gemia por la ceguedad de su hermano, que preferia á esa doctrina piadosa los goces mas descabellados ó los mas groseros placeres; oia la voz del cielo que le decia:

«Estad listos, pues el hijo del hombre vendrá cuando menos lo penseis;» y temblaba recordando á Héctor, quien nada habia preparado para comparecer ante su Juez, y que de un momento á otro podia ser llamado á dar una cuenta terrible. Estos pensamientos llenaban su alma de temor, y las seductoras promesas del mundo no lograban consolarla. Su hermano era noble, rico, brillante; pero esas grandezas ilusorias no le impedian ser un pobre hijo de Adan, sujeto á la muerte y al juicio de un Dios que pedirá una cuenta tanto mas estrecha cuanto mas haya dado; de un Dios paciente, es cierto, pero paciente porque es eterno.

«Señor y Dios mio! Se decia ella; ¿habrá de crecer esta alma, y no os ha de conocer, ni os ha de amar jamás? No lo permitais, Señor Dios de bondad, venido para salvar á los pecadores, acordaos con qué precio fué rescatada esta alma y no permitais que se pierda!»

Absorta en estos pensamientos, notó apenas la presencia del conde de Meran, su novio; hasta entonces le habia sigo grato ese proyecto de union y de dicha; pero parecia como que una ambicion mas alta habia brotado en su alma, y crecia en ella como la planta confiada á una tierra fecunda, á pesar de influjos extraños...

II.

Algunas semanas habian transcurrido sin que nada cambiase en la vida de

Emilia ni en la de Héctor. Este seguía el curso de sus desórdenes como aquella continuaba su vida de recogimiento y oración, atribuyéndose á lo próximo de su matrimonio lo que se notaba en ella de mas reflexiva. Quince días debían transcurrir aun antes de la firma del contrato, cuando una mañana hizo pedir á su tutor un momento de conversacion. Mr. de Sevré la recibió en su gabinete, la hizo sentar, y le besó la mano con afecto. Ella, generalmente tan tranquila, parecia conmovida, y su mano temblaba en las de su tío; este lo notó.

—¿Que teneis? le dijo ¿os ha sucedido algo, querida Emilia?

—No, mi buen tío, contestó ella haciendo el último esfuerzo para dominar su turbacion y tratando de sonreír; pero la entrevista que de vos he solicitado me hace latir el corazón.

—¡Y qué! hija mia ¿parezco yo un tutor de comedia?

—No, tío mio, siempre habeis sido bueno y perfecto para con dos huérfanos; hemos encontrado en vuestra casa una segunda casa paterna; pero temo, sí, temo afligiros.

—¡Vos, Emilia! apenas puedo creerlo.

—Querido tío, dijo ella tomándole la mano; quiero deciroslo todo en dos palabras: no me siento llamada al estado del matrimonio; Dios me quiere del todo para sí; permitid que le obedezca.

—¿Quereis haceros religiosa! ¿esa es una extravagancia! vuestro matrimonio está arreglado con todo un caballero; ya no es tiempo de romper, puesto que Mr. de Meran tiene mi palabra, y vos habeis parecido ratificar nuestros compromisos.

—Es cierto, tío mio, fácil me fué acceder á ellos, pues estimo profundamente á Mr. de Meran; mas, no obstante, la voz de Dios se dejaba oír en el fondo de mi alma; por largo tiempo permanecí rebelde á ella.... os amo á todos, bien lo sabeis; pero en fin la gracia ha triunfado y mi resolución es invariable.

Mr. de Sevré movió la cabeza; imbuido en los principios de la regencia, las vocaciones religiosas, el ardiente y generoso deseo que impulsa á algunas

almas á salir de la via comun, le parecían una ilusion; permanecia insensible ante las buenas obras de una Hermana de la Caridad; pero se interesaba gustoso *por las víctimas del claustro*, y á fin de librar á Emilia de las seducciones místicas, la habia sacado casi niña aun de la abadía donde habia sido educada. Y apesar de esta precaucion prudente ¿hablaba Emilia de gracia y devocion? Discutió largamente con ella; pero todas sus observaciones encontraron una respuesta, y la inocente seducción de la jóven obró de tal modo sobre él, que se sintió en fin persuadido de que amaba tiernamente á su familia al separarse de ella, y que solo un influjo irresistible la impulsaba á entrar en el claustro.

—¿Escogereis sin duda, le dijo, una de nuestras hermosas abadias de Francia, la de Tart, por ejemplo?

—Siento un gran respeto y un vivo agradecimiento hacia esa casa, querido tío; pero todo mi deseo es consagrarme al servicio de los pobres y enfermos.

—Al cabo, reinas han hecho otro tanto, contestó el buen gentil hombre. Entonces podriais entrar en el convento de las damas caballeras de San Juan de Jerusalem, puesto que, á Dios gracias, sois de antigua nobleza. Esas señoras sirven á los enfermos y hasta á los leprosos.

—Tío mio, no es ahí donde yo quiero ir.

—¿A dónde pues?

—He escogido la orden de Hospitalarias de San Agustin.

—¿Cáspita! nada sé de ella. ¿Qué viene á ser?

—Se consagra al servicio de los hospitales.

Mr. de Sevré hizo una mueca de desagrado.

—¡Una Soulanges! dijo.

—¡Qué! tío mio, la señorita de Melun con la cual estais emparentado, y cuyo escudo llevais en vuestros cuarteles, ¿no pasó su vida en un hospital? (1)

(1) La señorita de Melun, hija del príncipe de Espinoy, consagró su vida á los pobres en el hospital de Baugé, en el Anjon.

Este raciocinio, apoyado en el nobiliario, desarmó á Mr. de Sevré; este amaba á Emilia, pero no tenia ni los derechos ni la ternura de un padre, y la jóven sintió pronto que era libre de elegir su propia suerte. El Vizconde habia ido á pasar la estacion de la caza á la Baja Normandia, y solo debia volver para el matrimonio de su hermana. La jóven hizo sus preparativos de viaje con singular diligencia, y diez dias despues de haberse esplicado con su tio, salia del palacio de Sevré, y se dirigia hácia Flandes, en compañía de la princesa de Soubise, gobernadora de Lila, á quien habia sido confiada.

La vispera, habia escrito á Mr. de Meran; pocas horas antes de partir recibió de él este billete:

»No podia cederos sino á Dios, y admiro vuestra generosa resolucion, cuyos motivos creo adivinar. Jamás os olvidaré: á vuestra vez, acordaos de mí ante el Señor.

A. de M.»

Emilia quemó estos renglones; y las lágrimas cayeron de sus ojos, último tributo pagado á las esperanzas de la tierra.

Partió al dia siguiente, y unos cuantos despues recibia el vizconde esta carta:

»Mi querido hermano, mi Héctor, no nos volveremos á ver en este mundo. Cuando os abracé antes de vuestra partida, os daba desde el fondo del corazon un eterno adios; mas no me era posible confiaros mi designio. Hoy todo está arreglado, todo ha terminado. Parto para Flandes, y antes de un año seré, así lo espero, religiosa profesa de la orden de San Agustin.... Sí, hermano mio, renuncio al mundo y á una union que hubiera podido causar mi dicha; á Emilia de Soulanges va á suceder la humilde hospitalaria sierva de Dios y de los pobres. Pero ¿para qué, me direis, para qué semejante cambio? ¿Para qué renunciar á cuánto amais, á cuánto hubiera podido agradaros? ¡Oh hermano mio! sabedlo, por vos y por vos solo abrazo esta vida de trabajos y sacrificios. Menester es una victima á ese Dios á quien ofendeis, menester es que alguien llore y ruegue por vos durante esos dias, durante esas

noches que consagrais á la idolatria del placer, esa victima seré yo, y Dios, el Dios de bondad no rechazará el holocausto de mis lágrimas. Mas ¿no hareis nada por vos mismo? ¡Oh! si unis vuestra buena voluntad á mi penitencia, si de acuerdo trabajamos por la salvacion de vuestra alma, no, ¡Señor Dios de Agustin y de Mónica, no rechazarás mi oracion! Y vos, Héctor mio, oireis la voz de vuestra mejor amiga, implorándoos en nombre de vuestra propia dicha, y no querreis que mi sacrificio os sea inútil.

»Mas hay que terminar; preciso es dejaros ¡oh hermano mio querido, oh amigo mio, oh Héctor mio! Preciso es daros el último adios. No trateis de hacer vacilar mi resolucion; no lo lograreis, pues mis votos sagrados están ya pronunciados en el fondo de mi corazon. Solo os pido una cosa: todas las noches decid con el alma: «Señor, tened compasion de mí!» La misericordia de Dios hará lo demás. Os deseo todos los bienes que pueden apetecerse para aquellos á quienes mas se ama sobre la tierra: os deseo el bien sumo: la fé: ¡en nombre de nuestro padre! ¡en nombre de nuestra madre! ¡Volved á ser cristiano! Adios, hasta mas ver en el cielo.—*Emilia de Soulanges.*

III.

Algunos años habian transcurrido despues de estos acontecimientos. Se estaba en el de 1745. El fragor de las armas y el toque de las campanas lanzadas á vuelo resonaban en la ciudad de Lila, viéndose dirigirse hácia los hospitales largos convoyes de heridos, principalmente hacia el hospital llamado de la Condesa, antigua fundacion de Juana de Constantinopla. En el rostro de los franceses heridos se unia á la expresion de los padecimientos la manifestacion del triunfo; sus débiles manos agitaban verdes ramos en señal de victoria y alegria, y sus labios moribundos murmuraban así: «¡Viva el rey!» Volvian del campo de batalla de Fontenay.

Un gran número de oficiales habia sido trasportado al hospital de la Condesa: las literas y camillas se hallaban apiñadas bajo la majestuosa bóveda sobre la cual se elevaba entonces una torre

elegante y ligera, derribada hace pocos años.

Las religiosas recibían á sus huéspedes en una sala inmensa, donde había una doble hilera de blancas camas con cortinas de sarga verde. Colocábase con cuidado á los heridos sobre aquellos lechos, preparados para ellos; los cirujanos iban de cama en cama, seguidos de las hermanas con hilas, compresas y vendajes, las cuales ayudaban con mano firme á curar las mas espantosas heridas, pues el Apóstol la dijo: *La caridad todo lo puede, todo lo sufre, nada la arredra.*

Entre las religiosas mas activas y mas resueltamente caritativas notábase sobre todo á la priora, llamada sor San Agustin. Hacia largo tiempo que su regularidad, su mansedumbre, su prudencia y el espíritu de penitencia de que se hallaba animada, eran el ejemplo y causaban la admiración de sus hermanas: las mas antiguas recordaban todavía el fervor con que había entrado en el noviciado, y la firmeza con la cual había resistido á las poderosas súplicas de su familia, y sobre todo á las de su hermano, que querían hacerla volver al mundo. Los pobres poseían en ella una madre y una criada: jamás miseria alguna se había separado de ella sin ser consolada. En aquellos momentos, ocupada en los deberes de su cargo, recibía á los heridos, cuidaba de que cada uno de ellos fuese prontamente atendido, y parecía comunicar á todas sus compañeras el fuego caritativo que ardía en su corazón. Casi todas las camas estaban ocupadas, cuando llevaron lentamente en una camilla un oficial cubierto con la capa encarnada de los mosqueteros, arrojada como un sudario sobre el cuerpo inmóvil. Un cirujano de la Real casa le acompañaba y cuidaba solícito de él.

La priora se presentó; el cirujano la saludó y le dijo:

—Señora, hé aquí á un bizarro oficial de la Real casa que confiamos á vuestro cuidado. Está de mucha gravedad...

Al pronunciar estas palabras levantó la capa; el oficial tenía una herida en el pecho, y una mancha roja y húmeda tenía el lado derecho de su camisa; tenía la cabeza caída hácia atrás; al ver desde

lédos su pálido rostro y cerrados ojos, exclamó la priora:—¡Dios mio, está muerto!

—No, vive, contestó el cirujano aplicando la mano á la arteria.

El herido alzó ligeramente la cabeza, y con voz apagada dijo por dos veces:

—¡Señor, tened compasión de mí!

—¡Héctor! exclamó la priora cayendo de rodillas ante la camilla. Héctor ¿sois vos?

—¿Quién me llama? contestó el moribundo: ya no veo... ¡un sacerdote; que me traigan un sacerdote: quiero morir como cristiano!

Sor San Agustin se puso en pié y corrió en busca del capellan de la casa.

—Llevad los santos óleos, le dijo ¡vá á morir! ¡Daos prisa, padre mio, daos prisa, pues es una oveja descarriada que vuelve al redil!

El sacerdote aceleró el paso; el moribundo seguía repitiendo:

—¡Señor, tened compasión de mí! ¡Oh hermana mia, si pudiéseris orar por mí!

—Hé ahí el sacerdote que habeis llamado, le dijo el cirujano.

El oficial alargó su ya helada mano, y murmuró:

—Daos prisa, voy á morir... ¡Ah! ¿por qué he esperado tanto, por qué he resistido tanto, cuando Dios me llamaba...

—Os deja tiempo para todo, hijo mio, contestó el sacerdote; confesad vuestras culpas é id á conquistar la eterna bienaventuranza.

Durante este misterioso diálogo entre el sacerdote y el penitente, la priora con la frente en tierra oraba con indecible ardor.

Cuando alzó la cabeza acababa el capellan de dar la absolución al pecador arrepentido, apresurándose á purificar por medio de la santa unción todos los sentidos, instrumentos del pecado.

El moribundo conservaba su razón, y parecía unirse á la sublime ceremonia que le disponía á comparecer ante Dios.

Luego que esta hubo terminado, la priora se arrodilló de nuevo á la cabecera del moribundo, y repitió también de nuevo:

—¡Héctor!

—¿Quién me llama? dijo aquel, ¿hermana mia, estais en el cielo y me llamas?

—¿Héctor, hermano mio, con que os vuelvo á encontrar?

El hermano reconoció á la hermana, abrió los casi apagados ojos, y tocó con sus manos el velo y las manos de la religiosa:

—¿Emilia! dijo, ¿Emilia! ¡Oh cuán grande, cuán bueno es Dios! Muero como cristiano, por la Francia y en vuestros brazos: ¡buena hermana, abrazadme!

La religiosa se inclinó sobre el moribundo, tocó su frente con sus propios labios, y le presentó el Crucifijo. Héctor besó los pies de Cristo; estrechó débilmente la mano de su hermana, y murmuró:

—Muero contento, y voy á esperaros.

Ya no existía. Sor San Agustín le cerró los ojos y besó piadosamente su frente y sus párpados. En seguida cubrió sus restos con respeto, y puso sobre la capa encarnada su cruz de priora, que se quitó del cuello. Después de haber cumplido con este último deber, se dirigió vacilante á la capilla, cayó prostrada ante el tabernáculo, y oró por largo tiempo.

Sus compañeras la levantaron casi desmayada, y notaron que su velo y su toca se hallaban empapados en lágrimas, lágrimas en que la cristiana y la hermana habian confundido su regocijo y su dolor.

El vizconde de Soulanges fué enterado en la capilla del hospital de la Condesa, al lado de un gran número de hermanos suyos de armas, cuyos nombres se leen aun sobre una piedra sepulcral colocada en dicha capilla; recuerdo glorioso y tierno, librado por casualidad de los estragos de la revolucion.

MISCELÁNEA.

El dia 31 del mes de Agosto celebró la Iglesia de Santa María de esta ciudad solemnes cultos en honor de Nues-

tro Señor Sacramentado y en conmemoracion del insigne milagro ocurrido en la misma Iglesia en igual dia del año 1484.

El suceso, segun lo refiere Bendicho en su crónica de esta *M. I., Noble y Leal Ciudad de Alicante*, terminada en 1640, es como sigue:

«Habiendo quedado apagadas junto á uno de los altares colaterales al mayor las hachas que acababan de servir para alumbrar á su Divina Majestad que se habia administrado por viático á un enfermo, quedaron encendidos al parecer algunos pávilos, que avivados por la corriente de aire que en aquel punto se establece por la proximidad á la gran ventana del coro, prendió el fuego al mismo altar, y creciendo en intensidad fué comunicándose á las sillas del coro, altares inmediatos, y despues al órgano y ventanas del edificio. Ya asomaban por estas últimas las llamas, cuando los guardas del castillo y de las torres de la ciudad bajaron á las murallas del puerto, alarmados con el resplandor que hácia aquel punto notaban, cuando vieron que la Iglesia ardía, presa del voraz incendio.

Presurosos acudieron los vecinos al lugar del siniestro; pero ya fué tarde; el fuego habia calcinado la bóveda de la capilla mayor, y amenazaba desplomarse, sepultando entre sus ruinas al osado que hubiera llegado hasta allí.

Bien á su pesar estuvieron todos esperando que pasara la noche y cesara la imposibilidad de penetrar en el santuario, afligiéndoles sobremanera el pensar fueran presa de las llamas las especies sacramentales. Con este temor y esta zozobra entraron ya amanecido el dia en el derruido templo, y acongojados lamentaban la destruccion de los altares, el derrumbamiento de la bóveda, todos los estragos que hiciera la voracidad del horroroso incendio; pero bien pronto vieron trocada su pena en gozo al hallar entre las cenizas y escombros intacto el cofrecillo ó arquilla de plata que contenia las tres sagradas formas que en él se conservaban. Abrelo lleno de santa uncion un sacerdote y encuentra intacto el sagrado depósito, á pesar de haber sido reducidos á ceniza los

lienzos ó corporales que los envolvían. Júzguese de su admiración, cuando se considere que había sido derretido en aquel mismo altar un gran candelabro de bronce, con siete brazos, que á imitación del que se refiere lucía en el templo de Salomón, decoraba el santuario.

Algunos años adelante—se dice fueron siete—el Sr. Obispo de la Diócesis reunió las tres hostias; la capilla se reedificó, y fuese perdiendo la memoria de suceso tan memorable.

Así las cosas, hubo de venir á este puerto á fines del siglo XVI, un buque de Ragusa, cuyo capitán, llamado Lucas, advirtió á sus marineros que en aquel día—31 de Agosto—no se podía trabajar por celebrarse la fiesta en memoria del milagro que Dios obró en esta ciudad: pero como desembarcase y viese trabajando á todos en sus oficios, y preguntados no le supiesen dar razón de tal fiesta, fuese á la Iglesia de Sta. Maria, donde dijeron no sabían se hubiera celebrado tal festividad, si bien tenían tradición del incendio y conservaban el cofrecito de plata, el cual seguían usando. Entonces dijo el Raguseo como él, siendo niño, había estado en Alicante, y recordaba que el 31 de Agosto se celebraba en esta Iglesia fiesta y que era día de guardar en acción de gracias; de todo lo cual se hizo relación al Rmo. Señor D. Jusepe Estevan, dignísimo obispo de Orihuela, el cual mandó recibir sumaria información de personas fidedignas y más ancianas de la población, de las cuales resultó lo que llevamos dicho, que lo oyeron á sus padres, abuelos y antepasados.

En su vista mandó el prelado en el sínodo Oriolano que celebró en 1602, al capítulo 69, se celebrase y guardase esta fiesta del Santísimo Sacramento todos los años.

De manera que es fiesta de guardar en toda la ciudad rézase del Santísimo Sacramento; hay solemne oficio y sermón por orden y á espensas de la ciudad; hácese procesión llevando al Santísimo, y al pié de su custodia el cofrecillo, que es memoria de sus maravillas, á vista del pueblo, mostrándose clero, ciudad y pue-

blo agradecidos á Dios, autor de tal maravilla.”

Hasta aquí lo que hemos, en parte copiado, en parte extractado de la crónica de nuestro Dean. Lámentase él en varias partes de su obra del descuido de sus antepasados en guardar los documentos de su historia, y contrayéndose á este capítulo de su narración, echa de menos también las pinturas y las escrituras monumentales. Una y otra falta se subsanaron bastantes años después, colocándose el 26 de Agosto de 1756 en el altar del ábside de la Iglesia un retablo representando al sacerdote en el acto de sacar el cofrecillo de en medio de las llamas, con una inscripción escrita en latín y castellano; y también otra sobre la puerta de la Sacristía, incrustada en mármol, que dice así: «Insigne Miraculum hoc in templo patratum. Ann. D. MCDLXXXIV.

Advertiremos para concluir, que hoy no es de precepto esta fiesta, y que la procesión se celebra inmediatamente después de la misa y sermón, por dentro de la Iglesia.

—En la *Semana religiosa* de Lyon se refiere la conversión de un joven inglés debida directamente á nuestro Señor Jesucristo y á la comunión sacramental.

Este joven, de una educación esmerada, vivía como algunos otros, de buena fé, en la religión protestante, cumpliendo exactamente los deberes religiosos de su secta, que era la llamada Iglesia oficial.

El primer viaje que hizo en su vida fué á Roma, y allí pensó que debía ir á la Misa, que según él creía, era el único oficio religioso legítimo de la religión católica: durante la Misa oraba con fervor y se hallaba tan contento como si estuviera en su iglesia.

Aunque advertía en la Misa algunas prácticas que no eran conformes á los usos de su país, las atribuía tan solo á la diferencia de pueblo, de costumbres ó de clima. De todos modos, él oraba con gran fervor y hacía más, que era comulgar, siguiendo á las muchas personas que se acercaban á la sagrada mesa, pues creía con su secta de la Iglesia alta ú oficial que Jesucristo está real-

mente presente en la Eucaristia, y que recibia efectivamente el cuerpo del Señor. Este buen Padre premió generosamente su buena fé y candidez y habló secretamente á su corazón.

Mientras permaneció en Roma siguió recibiendo la sagrada Eucaristia, y á su vuelta á Inglaterra, en el primer domingo acudió presuroso al servicio protestante y á la comunión. Pero ya entonces, dice él, «quedé admirado de no encontrar en esta comunión el gusto que habia hallado en la de Roma.» Para buscar explicacion á este fenómeno se dirigió un domingo á comulgar á la iglesia católica de Moorfield en el mismo Londres.

Entonces fué cuando llegó á exclamar lleno de alegría: «Este es el gusto de la Eucaristia de Roma. Conozco que Jesucristo está allí bajo las apariencias de este pan, y que él está realmente en la Iglesia que nos da este pan.»

—En la sesión en que se votó el *schema De Fide* se levantó sobre el Vaticano una gran tormenta de truenos y relámpagos, cuyo estruendo formaba armonía con las voces de los Padres que sucesiva y unánimemente votaron *Placet*. No era aquella una tormenta que imponía: era como una manifestacion solemne de la naturaleza en favor del Concilio.

En el día 18 de junio, en que se celebró la sesión pública para la votacion definitiva y promulgacion de la Constitucion dogmática *De Ecclesia Christi*, se levantó tambien sobre el Vaticano otra tormenta, pero mucho mas imponente que la primera. Relámpagos frecuentes y deslumbradores truenos de tal intensidad y duracion cual nunca se han oido en Roma, eran esta vez tambien una manifestacion imponente de la naturaleza, que Dios hacia intervenir en el acto mas solemne que ha ocurrido desde hace muchos siglos. El rayo cayó en lo mas imponente de la ceremonia sobre la cúpula de Miguel Angel, y penetrando en el Vaticano, rompió algunos cristales de la capilla de los Santos Proceso y Martiniano, en la que se levanta el Trono del Papa.

En dos ocasiones muy solemnes se ha manifestado Dios entre truenos y re-

lámpagos: en el Sinai, cuando dió á Moisés las Tablas de la Ley; en la Pentecostés, cuando bajó el Espiritu Santo en lenguas de fuego sobre los Apóstoles. De todos los actos del Concilio ecuménico del Vaticano, dos son los mas importantes: las dos últimas sesiones públicas, en que se han definido dogmas de fé; y en ambas ocasiones, como en el Sinai y como en el Cenáculo, Dios se ha manifestado por medio de truenos y relámpagos, espresion natural de su poder y de su grandeza. El rayo ha caido en la última sesión, pero sin herir á nadie, y como para rendir homenaje de sumision á aquello mismo que algunos hombres combatian.

Los impios, y los preocupados, y los necios con la necedad del indiferentismo, atribuirán esto á casualidad: los hijos de Dios vemos en ambos hechos la Providencia de Dios y la asistencia de Dios.

¡Gloria á Dios!

—En la celebracion del matrimonio, el anillo nupcial es el símbolo de la union de los dos esposos, de la fidelidad mútua y de la indisolubilidad del lazo contraido.

—Cuando el diácono S. Lorenzo fué intimado por sus perseguidores para que entregase los tesoros de la Iglesia, prometió hacerlo: y luego juntando á todos los pobres y enfermos que la Iglesia de Roma alimentaba, y mostrándoselos á los verdugos, les dijo: ¿Buscáis los tesoros de la Iglesia? ¡Hélos aquí!

—Los dos Obispos que dijeron *Non placet* en la votacion del día 18, son los Ilmos. Sres. Riccio, Obispo napolitano de Cajazzo, y Tiz-Gerard, Obispo americano de Little Rock. El Obispo de Cajazzo, despues de votar, fué á echarse á los pies del Papa, é hizo su sumision; y el Sr. Tiz-Gerard, cuando al hacerse la proclamacion, el inmenso concurso victoreaba al Sumo Pontífice agitando muchos sus pañuelos, hizo lo mismo con el suyo aclamando al Papa infalible. La presencia y los votos de estos dos preladados son una protesta anticipada contra cualquier acto que los contrarios de la infalibilidad quisieran fundar en alguna pretendida falta de libertad para votar. Dios todo lo hace bien.

—La Iglesia de España es la que presenta mas ejemplares de niños santos. Los más célebres son: Santos Justo y Pastor, de Compluto, hoy Alcalá de Henares; Santa Eulalia, mártir á la edad de doce años; San Pelayo, martirizado en Córdoba, por los árabes; Santo Dominguito de Val, niño de coro martirizado por los judios de Zaragoza, y el niño de la Guardia.

—Segun Fray Antonio de Guevara «el consejo que se dá ó que se toma, hále de dar hombre cuerdo, por el buen juicio que tiene: hále de dar hombre sábio por lo mucho que ha leído: hále de dar hombre anciano, por lo mucho que ha visto: hále de dar hombre sufrido, por lo que por él ha pasado: hále de dar hombre sin pasion, porque no le ciegue malicia: hále de dar hombre sin interese, porque no le impida la codicia: y finalmente digo que el hombre vergonzoso y de corazon generoso ha de dar á sus amigos con libertad los dineros, y con mucha gravedad los consejos.»

—El Ilmo. Sr. Arzobispo de Valencia, que al regresar de Roma, se habia dirigido á Grábalos con el objeto de tomar aquellas aguas medicinales, llegó por fin á Valencia el 23 del pasado Agosto.

—En la Iglesia de San Agustin de Roma se celebró hace ya algunos dias un oficio fúnebre en sufragio de los obispos muertos durante el Concilio.

—Segun cartas de Roma, á pesar de su avanzada edad, Pio IX continua gozando de escelente salud. Dios nos le conserve largos años.

—De un periódico francés tomamos la siguiente correspondencia:

«El *Diario de Roma* dice qua varios Prelados que se encontraban fuera de dicha ciudad el dia que se proclamó el dogma de la infalibilidad, entre ellos los cardenales Schwartzenberg, Matthieu, Bauscher y Hohenhole, se han adherido á ella.»

El mismo periódico publica á continuacion un decreto emanado de la autoridad eclesiástica, mandando, en nombre del Papa, que se hagan rogativas á favor de la paz, por espacio de tres dias, en ocho iglesias de Roma.

CULTOS RELIGIOSOS.

Santos de la Semana.

Sábado 3, S. Sandalio, mártir de Córdoba.
—Domingo 4, Ntra. Sra. del Puig y de la Correa, y Stas. Cándida, Rosa de Viterbo, y Rosalia vgs.—Lunes 5, S. Lorenzo Justiniano, ob.—Martes 6, S. Eleuterio ab.—Miércoles 7, Sta. Regina v. y mr. *Abstinencia por devocion.*—Jueves 8, *La Natividad de Nuestra Señora.*—Viernes 9, S. Gorgonio mr.

Iglesia Colegial.—El domingo á las nueve menos cuarto, misa conventual. El jueves, dia de la Natividad de Ntra. Sra., predicará en la misa conventual y á la misma hora el señor Canónigo D. Mariano Fullá. No hay misa de Espiritu Santo por ser dia de segunda clase.

Iglesia de Santa Maria.—El jueves, culto del dia, por la Natividad de Ntra. Sra. El sábado, misa de renovacion á las ocho de la mañana.

Ayuda de parroquia de Ntra. Sra. de Gracia.—El domingo habrá misas rezadas de cinco á ocho. El miércoles, al toque de oraciones, dará principio la novena de Nuestra Señora, antes el Smo. Rosario y concluyendo con la salve y gozos. El jueves habrá misa solemne por razon de la festividad.

Convento de Religiosas Agustinas.—El martes se celebrará misa de renovacion por la mañana á las siete y media. Hoy principia la novena de la Sma. Virgen de la Consolacion y Correa á las cinco de la tarde, con esposicion de Jesus Sacramentado, predicando don Rafael Amad, capellan de la Casa Maternidad de esta provincia.

Iglesia de las Monjas Capuchinas.—El domingo misa rezada de comunidad á las seis y media. El jueves á la misma hora, la misa de renovacion como en el anterior, y por la tarde á las cuatro, meditacion y trisagio estando espuesto el Santísimo Sacramento.

Hermita de Ntra. Sra. del Socorro.—El jueves solemne misa cautada con acompañaamiento de orquesta, y sermón á cargo de don Joaquin Garcia Vayllo, cura de Sta. Maria.

ALICANTE.—1870.

IMPRENTA DE J. GOSSART.